

CAPITULO XIV.

LA FUGA.

Sigamos á la Baronesa, que tomando el primer carruaje de alquiler que vió con tablilla, se hizo conducir al hotel de las Peninsulares en la calle de Alcalá n.º 7. Su coche quedó esperándola en la puerta de casa de don Roman, sin que notaran su salida los cocheros, porque al pasar por el gabinete de Felicidad, tomó un abrigo y un sombrero con espeso velo con el cual se cubrió el rostro y se deslizó sin ser vista.

En la fonda habitaba el anciano marqués que estaba enamorado de Conchita.

Oigamos su breve diálogo y por él comprenderemos el compromiso que ligaba á estos dos personajes.

—¿Qué hay, Baronesa? ¿V. por aquí?

—Vengo á prevenirle, que la niña está convencida y dispuesta á seguirnos.

—¿Y cuando es la marcha?

—Hoy mismo, Marqués; es la una y media, y á las cuatro estaremos en la estacion del ferro-carril del Norte.

—Bien, no faltaré, cuando Vds. lleguen tendré tomados los billetes y facturado el equipaje.

—Llevaremos muy poco; lo puesto solamente; V. me ha ofrecido cinco mil duros si conseguia entregarle á Conchita, y además comprarnos á las dos trajes nuevos: por lo tanto aquí quedan los antiguos que no han de servirnos en París; nos llevaremos únicamente las alhajas.

—Convenido, querida Baronesa; yo soy hombre de palabra y la cumpliré. En cuanto pongamos el pié en Francia tendré V. los cinco mil duros; no hay que perder un minuto.

—Pues hasta las cuatro ó antes; que sea una sorpresa para V. el viaje de Conchita; ella irá por su gusto.

—Corriente; Baronesa ¿necesita V. algo?

—Seis ú ocho mil reales para equipar á Conchita; si V. gusta.

—Hélos aquí.

Y el Marqués la presentó dos billetes de cuatro mil reales.

La Baronesa sin perder un segundo se trasladó á su casa, puso en un saco de mano las alhajas y joyas de valor, dijo á los criados que se iba al campo por tres ó cuatro dias con unos amigos y desapareció para no volver. A todo esto al llegar á las peninsulares habia despedido el coche, tomó otro que la condujo á su casa y le despidió tambien. Al salir, uno nuevo que llevaba un brioso caballo, la condujo á la calle de Santa Isabel.

Le pagó la carrera y entró en el colegio de escolapias con su saco en la mano; pero antes de llamar volvió á salir y dijo al portero:

—¿Tendrá V. la bondad de buscarme un carruaje ó hacer detenerse al primero que pase con tablilla?

—Sí, señora, con mucho gusto.

—Y admita esta pequeñez por la molestia, pero que tenga buen caballo, ¿entiende V?

—Mil gracias, señora; será V. complacida, exclamó el conserge tomando la moneda de plata que le dió la Baronesa.

Las colegialas recibian visitas los jueves por la tarde que no tenian clase; así fué que apenas avisaron á Conchita, bajó esta loca de alegría y se arrojó al cuello de la Baronesa cubriéndola de besos y de caricias.

—Vengo á despedirme de tí, pues me marcho esta tarde á Francia, dijo la Baronesa en cuanto se calmó un poco el arretrato de la niña.

—¿Se marcha V...? ¿y me deja?... ¡y tiene V. valor! ¡Ah! ¡qué desgraciada soy!

Prorrumpió la jóven en copioso llanto, costando mucho trabajo consolarla.

—Hija mia; yo no lo puedo remediar; tus padres no han querido concederme permiso para que vengas; ya ves que yo con el alma y la vida te llevaria; no tengo hijos, soy inmensamente rica, además el Marqués es pariente mio como sabes, y de quien soy la única heredera; de modo que me seria gratisimo tenerte á mi lado, donde desde luego harias un gran casamiento; ¿pero tus padres se oponen, qué hacer?

—Ah! ellos son mis verdugos! no quieren mi felicidad, hacen lo contrario de todos los padres. Si V. se vá, ¿qué será de mí en este colegio siempre encerrada? Ya tengo diez y seis años y me parece que es tiempo de vivir en mi casa.

—Eso no lo esperes nunca; hasta que te cases no sales de aquí, lo ha jurado tu mamá.

—Pues bien; yo tambien juro salir hoy

mismo de este horroroso encierro; si V. no me lleva me arrojo al pátio desde una ventana del último piso.

Y Conchita lloraba de tal modo que llamó la atención de las hermanas, acudiendo la superiora á saber que tenia.

—Llora, se apresuró á decir la Baronesa, porque la he dicho que su madre está herida, se ha dado un golpe en la cara con un mueble, y tiene el ojo izquierdo en muy mal estado; pero no creo que sea peligroso.

—¡Pobre señora! exclamó la superiora. Es natural que se desconsuele Conchita con semejante acontecimiento. ¿Y viene V. á buscarla?

—Sí, señora; traigo encargo de llevarla para que cuide á su mamá.

—Muy justo; ¿y volverá pronto?

—No lo sé, de cierto. Cuando la enferma esté mejor.

Al oír esto Conchita creyó que era un subterfugio de la Baronesa para sacarla del colegio y realizar así sus mas ardientes votos de llevársela á Francia. Sus lágrimas se hubieran trocado en jubilosas demostraciones de alegría; pero la Baronesa la apretó la mano y exclamó.

—Vamos, pronto, que no podemos perder tiempo; debian ir los médicos á las tres, y quiero presenciar la consulta. Aqui tienes un abrigo y un sombrero que te he traído de tu madre, pónelos y despídete.

La niña no esperó á que se lo repitieran, cubrió su vestido de colegiala con un largo paletót que la llegaba casi á los piés, y se puso un sombrero pequeño de castor adornado con una pluma que retenia un alfiler de gran precio.

Así ataviada se despidió de la madre superiora y salió al pátio del colegio dando saltos con los mayores extremos de regocijo,

Un coche las esperaba á la puerta.

Montaron diciendo la Baronesa al cochero:

—A la estacion del Norte; pero á gran velocidad: cinco pesetas de propina.

El caballo partió á un trote largo.

—Voy á la estacion porque me espera el Marqués, pero le diré que nos marcharemos en el tren de las ocho, y te llevaré á tu casa.

—Por amor de Dios, no haga V. eso; en cuanto mi mamá me vea volverá á su tema.

—¿Y quieres que yo cargue con la responsabilidad de un viaje sin su consentimiento? Se lo pediremos.

—Como nunca nos le darán, es inútil.

—De manera que tú, á todo trance, quieres venirte á Francia.

—Estoy decidida; si V. no me lleva, mañana encontrarán mi cadáver.

—¡Ah! no, hija mia! de ninguna manera quiero ser la causa de tu muerte; vamos á la estacion, lo consultaremos con el Marqués, ese señor tan bueno, que te ama apasionadamente.

—Ya lo sé; muchas veces me lo ha dicho V., pero él jamás me indicó nada sobre ese particular.

—Porque es un hombre muy respetable, y de mucha esperiencia; supone que tú no le has de corresponder y no se atreve á manifestarte su sentimiento por temor á un desaire.

—Querida Baronesa, V. que lee en mi alma, conoce mi gusto; un hombre de la edad del Marqués no inspira amor.

—Pero puede ser un excelente marido: serás marquesa, tendrás gran casa, coches, alhajas, cuanto quieras; comprendo que tú á mi lado tendrás los novios á millares y de gran posicion, y no te aconsejo que le admittas en seguida. Es preciso dar tiempo al tiempo.

—De eso trataremos en Francia, porque me lleva V. ¿no es verdad?

—Si te empeñas y el marqués consiente en ello no habrá mas remedio que acceder á tus exigencias, porque tu lo exiges; ¿no es cierto?

—Lo suplico; no tengo derecho á exigir y la prometo que seré buena y humilde; seguiré en un todo sus consejos, queriéndola como á mi madre, y más, sí; mucho mas.

—¿Y la abandonas sin pena? ¿No sientes dejar á tu papá, que te quiere tanto?

—Me quiere y no me defiende, y no me tiene á su lado. No sé que cariño es ese.

—Yo temo que á los cuatro dias de estar en Francia, quieras volverte; pero esto no seria obstáculo, te vendrías.

—No lo crea V., mi alegría no tendrá límites al verme en libertad, léjos de ese encierro perpétuo á que me han condenado.

—Vista tu resolucion, no vacilo, escribiré una carta á tus papás diciéndoles que te llevo unos cuantos meses á Francia.

—Con eso no pueden decir que no hemos pedido permiso; yo tambien les escribiré, dijo Concha.

Apenas llegaron á la estacion se les presentó el marqués fingiendo sorprenderse agra-

dablemente al ver á la Baronesa acompañada de Conchita.

La Baronesa despidió el coche y los tres montaron en una carretela que estaba parada delante de la estacion.

—No está abierto aún el despacho de billetes, es muy temprano, dijo el marqués; pueden Vds. descansar aquí explicándome á que dichosa casualidad debemos el tener á esta señorita con nosotros á la hora de partir, ¿viene á despedirnos?

—Es una compañera de viaje, marqués, repuso la Baronesa.

—Voy con Vds. á Francia, exclamó alegremente la niña.

—¿De veras? cuánto me alegro ¿ha conseguido V. el permiso de los papás?

—He aquí la cuestion, marqués. Va V. á decidir. Conchita aburrida de estar en el colegio y sin esperanzas de dejarle, me ha dicho ó me voy con V. á Francia ó me suicido.

—Eso es grave, murmuró el marqués.

—Yo la he dicho, vente, puesto que te empeñas y si el marqués lo aprueba te llevaremos.

—Eso es cosa de Vds. dos; si así lo han

decidido y esta niña por su propia voluntad nos sigue, á Francia, á los Estados-Unidos y á Ultramar donde yo tengo mis posesiones, bien venida sea.

—Ah! ¿no se fijarán en Francia? dijo Concha.

La Baronesa creyendo verla vacilar se apresuró á decir:

—Por ahora sí; pero mas adelante, quien sabe; estando yo sola me hubiera ido con el marqués á América, es mi pariente mas próximo; pero acompañándome tú, prefiero la vida de Europa y estaremos en Paris.

—De todos modos, yo estoy resuelta; la idea de correr el mundo al lado suyo me enaгена y me hace feliz.

—Ante tu decision no hay mas que hablar.

—Convenido, ya es hora de partir, mientras V. toma los billetes, voy á dejar escrita una carta para Felicidad anunciándola nuestro viaje, la diré que me llevo su hija y si quiere que vaya á buscarnos á Paris.

La Baronesa sacó de su cartera papel y tintero y escribió sobre sus rodillas este lacónico billete:

«Querida Felicidad: ante la desgracia que

te aflige comprenderás que no puedo ni debo permanecer en Madrid. Salgo para el extranjero, y á fin de darte una prueba de cariño me llevo á tu hija que ha de ser una carga para tí. Cuando te veas buena y libre de los compromisos de tu situacion, ven á reunirte con nosotros, ya sabes donde tengo mi casa en Alemania. Escíbeme y cuenta siempre con el sincero cariño y leal amistad de tu mejor amiga.»

LA BARONESA DE MONCE.

Una hora despues ocupaban una berlina reservada del Expréss que salia con direccion á Francia.

CAPITULO XV.

ORGULLO Y MISERIA.

Don Roman desde el gobierno civil fué trasladado al hospital de la Princesa gravemente enfermo, y Felicidad por otro lado fué tambien conducida al mismo establecimiento, quedando la casa cerrada por órden de la autoridad. Los comentarios corrieron de boca en boca; los periódicos noticieros que andan siempre á caza de noticias de sensacion con que distraer á sus lectores, tomaron el hecho por su cuenta y al siguiente dia todo el mundo estaba enterado hasta en sus menores detalles de lo ocurrido con el respetable funcionario y su elegante señora; á pesar de la enfermedad del matrimonio, la causa seguia instruyéndose, numerosos acreedores se presentaron á reclamar sus créditos, y así como antes aquella familia que daba espléndidos almuerzos tenia muchos amigos, en el momento de la desgracia nadie los conocia, ni una sola persona se puso á favor suyo.

Las únicas que fueron al hospital á visitarlos, fueron la señora Juana la portera y aquella Nicolasa, que tanto los criticaban en el primer capítulo de este libro.

Las mujeres del pueblo bajo en Madrid, no faltan nunca en semejantes ocasiones.

Así como su lengua es mala, porque están acostumbradas á la murmuracion y la chismografía, su corazon es excelente, y nadie como ellas practica la caridad.

Oigamos á las dos cotorras.

—Señora Juana; ¿quiere V. venir al hospital de la Princesa? decia Nicolasa, voy á llevarle á mi ama unos vizcochos. ¡Pobre señora!

—Ya estuve el domingo pasado; hoy no puedo dejar la porteria; pero llévale de mi parte media libra de chocolate de vainilla que tanto le gusta á doña Felicidad.

—Que desgracia de familia, lo ha visto V., señora Juana, decia la jóven. Yo lloré cuando lo supe, porque al fin he comido su pan, y áun cuando todos estábamos viendo un fin desastroso en esta casa ¿quién lo habia de pensar tan cercana?

—Esos lujos, esos trenes que no podian sostener con su sueldo, ya tu ves, lo que acarrear.

—Mi ama era buena, y don Roman un bendito de Dios; aqui la culpa de todo la ha tenido esa Baronesa extranjera, que debe ser mas mala que Cain. Y á propósito, ¿qué ha sido de ella, no se sabe?

—No ha vuelto mas por aquí, ni ha ido al hospital á verlos. El dia de la catástrofe escapó en cuanto vió subir al inspector con los agentes para prender al señor. Tenia el coche á la puerta, esa carretela tan elegante de los establecimientos de lujo, que nunca pagaba, por supuesto, y como estaba tambien complicada en la venta de los destinos, se puso un abrigo y un sombrero de doña Felicidad, se echó el velo, bajó muy rápidamente como si fuera de prisa á comprar cualquier cosa y escapó. Yo la confundí con doña Felicidad, como llevaba su ropa, ese abrigo largo, gris, que siempre se ponía por las mañanas la pobre señora, no la dije nada. El lacayo estaba hablando conmigo y el cochero dormido en su pescante cuando pasó la muy tuna dejando ya ensangrentada á la pobre mujer que ha conducido á la situación mas deplorable.

—Debe ser una aventurera!... fiarse de una mujer así!... ¡quién lo haría!

—Yo creo que están arruinados por com-

pleto, todos los muebles se venden judicialmente para pagar á los acreedores y no habrá bastante; cuando salgan del hospital, si salen, no tienen ni casa, ni hogar, ni amparo ninguno.

—Si salen; ya lo ha dicho V., señora Juana; el pobre don Roman se ha quedado perlático, ha perdido el habla, porque la perlésia le cogió la lengua y todo el lado derecho que tiene como muerto. ¡Infeliz! para vivir en este estado seria preferible que se muriese.

—Pues, no digo nada la señora. ¡Válgame Dios! ella tan pulcra, tan orgullosa con su hermosura, ahora verse tuerta, pues el ojo izquierdo lo ha perdido por completo y quien sabe la cicatriz que le quedará en aquel blanco rostro que llevaba tan pintado y sonrosado que parecía una niña de quince años.

—¡Qué peripecias! Vale mas ser pobres siempre y no caer de esa manera. ¡Ella en el hospital! ¿Y querrá V. creer, que no ha ido ni un solo amigo á visitarlos?

—Ya lo creo; ahora que están encausados les da vergüenza decir que eran amigos suyos; cuando veo pasar algunos de los que venian los jueves á saborear los ricos almuerzos de casa de Lhardy, me digo á mi misma,

con mucha gana de decírselo á ellos, «picarrazos, ¿por qué no defendeis á esas pobres gentes?»

—¿No habeis ayudado á su caida? ¿no habeis comido tantas veces en su casa?... Pues no los dejeis perecer, que con influencias todo se consigue en este Madrid. Pero que si quieres, todos son sordos ante el infortunio.

—Yo no lo soy: y en prueba de ello, aquí tengo los vizcochos, voy ahora mismo á llevárselos á mi señora y á decirla que cuando salga del hospital tiene mi casa á su disposicion. Aun que pobres nadie nos gana á caritativos.

—Haces bien, hija; de buenos es el honrar y en la desgracia es cuando se conocen los amigos; díles de mi parte, que pueden contar conmigo para todo cuanto les ocurra, yo no olvido nunca que la señora recomendó á mi marido para un destino en el Ayuntamiento, que estamos disfrutando, gracias á su bondad. Y no somos ingratos.

—Tambien á mi marido le recomendó al director de Correos, y la gratitud es un deber: adios, señora Juana.

—Anda con Dios, Nicolasa; si todos los satélites que venian á esta casa fueran como

nosotros, otra seria la situacion de esa pobre gente.

Las dos mujeres se separaron, una se fué al hospital, y la otra se metió en su covacha.

Nada pudo salvar Felicidad del naufragio de su fortuna, su moviliario estaba en poder de los acreedores, y la cama, única cosa que la ley la concedia, fué llevada á casa de Nicolasa á la calle de las Huertas, donde la pobre señora se trasladó al salir del Hospital. No solo perdió cuanto tenia, sino su belleza y un ojo; una estensa cicatriz la cruzaba desde la frente á la megilla, imposible de borrar, y siendo la infamante señal de su locura.

Veámosles tres meses despues de aquel jueves fatal en que se prometian tantas felicidades y que fué el mas desgraciado de su vida.

En un cuarto principal bajando del cielo, es decir junto al tejado, vivia en la calle de las Huertas Nicolasa; tenia un cuartito, compuesto de cocina, sala y alcoba. Llena de caridad, la pobre mujer, cedió la sala á la que siempre llamaba su *señora*, y partia con ella su humildísima mesa.

Felicidad no les hacia mucho gasto, los dias los pasaba sentada en la cama, siempre llorando, pálida, demacrada, con el cabello ca-

si blanco, encendido el único ojo que le quedaba y con las manos apoyadas en el pecho, donde sentia dolores horribles, angustias devoradoras ocasionadas mas bien por la falta de alimentos que por sus penas.

Solo admitia de manos de Nicolasa un plato de sopa por la mañana y otro por la noche. Ese era todo su sustento.

—Me basta con eso para sostener esta odiosa vida que detesto; decia con desesperacion.

Llegó el momento en que Nicolasa tuvo un niño; eran muy pobres, solo contaban con su pequeño sueldo de cartero; pero no podia buscarse matrimonio mas feliz. Su alegria al recibir aquel pequeño ángel que les concedia el Señor no tuvo límites; como si hubieran sido unos potentados se regocijaban haciendo los mas bellos proyectos para el porvenir. Cuando estés en disposicion de salir, la decia el marido, nos llevaremos al chiquitín á paseo; iremos á la puerta de Alcalá á ver salir la gente de los toros.

Los infelices que no tenian dinero para entrar en la plaza á presenciar la corrida se contentaban con ver salir la gente.

En cambio Felicidad que no habia faltado á ninguna corrida se hallaba allí sin querer

ni salir á la calle avergonzada de su conducta y temiendo encontrar á cada paso un conocido.

Don Roman fué trasladado al hospital de Incurables en la calle de Atocha, y allí iban Felicidad y Nicolasa á verle todos los dias, renovándose un cuadro desolador que las hacia salir llorando.

Para mayor desgracia suya don Roman no habia perdido el conocimiento, pero sí el habla, no podia expresarse y sentia todo el horror de su situacion, como igualmente la de su esposa. Muchas veces habia pedido por señas ver á su hija y cuando supo que la Baronesa se la habia llevado al extranjero, se entregó á la mayor desesperacion, siendo acometido de un nuevo ataque que le tuvo quince dias en el mayor peligro.

Desde entonces no quiso ver á su mujer, la manifestó el ódio mas grande, indicándola que aunque fuera pidiendo limosna, buscara á la infeliz niña, y no se presentara á su vista hasta que la encontrara.

Felicidad por su parte tambien sufría mucho por esta causa, su remordimiento la roía las entrañas; no se hizo querer de su hija y las consecuencias eran terribles.

Al cabo de algun tiempo y haciendo un gran esfuerzo comprendió que era necesario hacer algo, pues el honrado matrimonio se marchaba á un pueblo á causa de haber enfermado el marido y ya no podia seguir siéndoles tan gravosa.

Acallando su orgullo que aparecia por encima de su miseria, se determinó á visitar á algunos de sus antiguos amigos; pero en pocas casas la recibieron, la juzgaban culpable, y no inspiraba lástima.

Triste y desconsolada se volvía á su casa herida en el alma por cada nuevo desengaño.

Pasaron muchos meses, ni una carta de su hija, ni una noticia de la Baronesa, no habia tenido mas noticias que la esquila de despedida escrita en la estacion del ferro-carril.

¡Cuántas angustias! ¡cuántas humillaciones! ¡Cuántos desprecios no sufriria en su desgracia la orgullosa y altiva Felicidad!

No era ni su sombra un año despues, encorvada, flaca como un esqueleto, y envuelta siempre en un vestido negro y un manto de lana que la cubria por completo. Ella que solo raso y terciopelo habia gastado. Mas parecia un espectro que una mujer.

Sus dias sin pan, sus noches sin sueño, su alma sin afecciones, sin amigos, ¡qué horrible oscuridad! ¡qué abandono!

Los pobres eran mas felices. Envidiaba á Nicolasa que tenia á su marido, su hijo, que adoraban en ella, porque era buena, porque cumplia sus deberes de madre y de esposa, tenia además sus padres que cuando supieron que su marido estaba malo la llamaron al pueblo donde la recibieron con amor y con la mas pura alegria.

Felicidad no tenia á nadie, no contaba con el cariño de ninguna persona, su marido la odiaba, no queria verla; su hija la habia olvidado; no se acordaba siquiera de su madre que estaba loca de dolor y de remordimientos.

Al verse tan cruelmente abandonada volvia los ojos atrás y repasaba á sangre fria toda su conducta; era culpable, lo conocia, la verdad se presentaba desnuda ante sus ojos.

Entonces lloraba gritando con gritos del alma.

—¡Hija mia!.. ¡hija mia!... ¿Dónde estás? ¡Cómo te has olvidado de tu madre!... ¡Ah! ¡por qué no hice de tu cariño el escudo de mi vida!...

Su situación llegó al extremo mas deplorable cuando Nicolasa y su marido se marcharon. Se quedó en una bohardilla que la cedieron unas vecinas de la misma casa á condicion de pagar dos duros cada mes.

Tuvo que volver á recorrer las casas de los conocidos y los desconocidos, con el velo en la cara como una pobre vergonzante, pidiendo una limosna, pero muy poco encontraba.

Cuando una madre se presenta con sus hijos, ángeles de bondad que Dios concede á las criaturas para su consuelo, nadie le cierra su puerta, todas las buenas almas la protejen y la tienden la mano.

—¡Pobre madre! dicen ¡pobre madre! pide pan para sus hijos, ¡socorrámosla!

Las afecciones santas de que nos rodeamos en la vida son las riquezas de la vejez, son el bálsamo divino que cura las heridas del alma, son nuestra única felicidad sobre la tierra.

Si las riquezas morales que emanan del corazón nos dan la dicha verdadera, las intelectuales que ilustran el entendimiento y nos señalan en el trabajo el filon que debemos explotar, nos proporcionan la independencia y

la comodidad de la vida, las alegrías de una posición desahogada, si nó lujosa.

Felicidad, antítesis de su nombre, había sido siempre una señorita de tocador; no aprendió mas que á componerse, á ser inútil para todos aquellos conocimientos que hubieran podido salvarla en la desgracia. No sabia hacer nada: Ni labores, ni los quehaceres de una casa porque no tenia costumbre; además, su orgullo, esa horrible pasión que se encierra en la criatura desde su infancia y muere con ella, no la dejaba someterse á la servidumbre, preferia á entrar en una casa como criada ó ama de gobierno, pedir una limosna, haciéndose la ilusión de que con el velo en la cara nadie la conocia.

Por su conducta no solo hizo la desgracia de su marido y la suya, sino la de su hija, no la educó convenientemente, formando su alma, inculcando en ella los sentimientos nobles y las virtudes cristianas; no se cuidó tampoco de conservar su cariño; y desde la niñez se acostumbró aquella niña voluntariosa y frívola á mirar á su madre como á una estraña, que tenia dominio sobre ella y lo empleaba en contrariarla y oprimirla.

Llegó la desgracia, encontrándose sola, sin

recursos, sin afecciones frente á frente de la mas espantosa miseria.

Sus ojos estaban siempre llenos de lágrimas, y de su corazon oprimido se escapaban constantemente estas dolorosas palabras:

—¡Hija mia!.. ¡hija mia! cómo has abandonado á tu madre!...

En medio de sus lúgubres lamentaciones una voz interior la gritaba «tú la abandonaste primero á sus malos instintos.» Tenias un ángel, blanda cera donde se graban desde la infancia con el ejemplo las buenas ó las malas pasiones, y la dejaste crecer y desarrollarse á su alvedrío, por correr tras las ilusiones de una posicion que no era la tuya, por querer igualarla á los que eran mas que tú. La ambicion; el orgullo te arrastraban. ¡Pobre madre!... ¡Llora!... Llora las consecuencias de tu conducta.

La niña que educaste léjos de ti, á la que no veias en meses enteros, á la que no inspirastes sentimientos de amor filial, formando su corazon antes de despertar sus instintos malévolos á la vista de tu fausto y tu vida ostentosa, aquella niña que una madre prudente hubiera podido corregir á tiempo y no

dejarla crecer como árbol torcido que nunca su tronco endereza, se hizo frívola, ingrata, coqueta primero, libertina despues, entrando á formar parte de esa clase de infelices mugeres que solo buscan en la vida los placeres ficticios, el goce de los sentidos, sin comprender que tiene un alma, un espíritu inmortal, muy por encima de la grosera materia, que viven sin creencias en otra vida mas allá de la tumba, no conociendo porque no se lo han enseñado, que algun dia darán cuenta á Dios de sus acciones buenas y malas, y recibirá la recompensa que tienen merecida.

La Baronesa, dama aventurera, que formaba parte de esa clase de criaturas, estaba frisando en los cincuenta años, y viéndose á las puertas de la vejez necesitaba una jóven que la sirviera de apoyo y de sostén en su vida de industrias, aprovechándose del tesoro que dejaba en sus manos la incauta madre, aquella mujer sin reflexion, ni juicio, cegada por la vanidad, que la concedió el título de amiga verdadera.

Una pobre criada, una infeliz artesana, la habia dado las únicas pruebas de amistad y de caridad que recibió en su infortunio la or-

gullosa dama que fué la reina de la moda y de la elegancia en los salones aristocráticos, en esos centros del gran mundo donde no se aprecian la modestia y la virtud, sino la ostentacion y la apariencia.

CAPITULO XVI.

CUATRO AÑOS DESPUES .

Sígueme querida lectora á la *Poza del Moral*; esa risueña posesion de Colmenar de Oreja donde se respiran las auras vivificantes de la virtud y del amor, donde la modestia y la verdad tienen su asiento, donde no se ve la falsedad del mundo, ni las pasiones ruines de las gentes, ni las vanidades de los pequeños, ni las pequeñeces de los grandes. Allí nos brinda la naturaleza en todo su esplendor un campo de verdura y de flores, los árboles nos ofrecen sus ricas frutas, los pájaros sus conciertos matinales mas bellos y mas armoniosos.

Estamos en la primavera, mas bien tocando al estío, porque terminaba el mes de Junio, y los campos de esmeralda poco antes iban convirtiéndose en campos de oro, las espigas de los trigos doblaban la cabeza al peso del rico grano que ofrecian á los labradores. Las cebadas ya estaban apiñadas en ha-

ces perfectamente formados por la diestra mano del segador, y en las eras se notaba el movimiento y el ruido de los mozos que se aprestaban alegres y felicidad á los trabajos de una abundante recoleccion.

En el fondo del valle de *La Poza del Moral* se veian los árboles frutales, cargados de cerezas, de peras, de ciruelas, de albaricoques; á sus piés los fresales presentaban el rojo y sabrosísimo fruto, las alcachofas, los espárragos, las frescas lechugas y las escarolas, las judías verdes, el tomate, el pimientito, la cebolla y esas mil y mil especies de legumbres que se crian en una estensa vega bien cuidada, se ostentaban en toda la abundancia y el esplendor de la estacion, en *La Poza del Moral*.

Si por un lado las tierras le daban cereales, y el fondo del valle frutas y legumbres, las montañas que le circundaban veíanse repletas de espléndidas viñas y de hermosísimas olivas ofreciendo para un poco mas tarde otra no menos rica preciada recoleccion.

Que magnífica perspectiva se disfrutaba desde aquellas alturas; á un lado la villa de Colmenar con sus colosales tinajas, los hornos ardiendo donde se cocian y preparaban,

sus campos verdes y su risueña vega, mas allá Chinchon en una llanura, á lo léjos se ve Aranjuez, esa suntuosa villa sitio Real, donde los reyes de España pasan las jornadas de primaveras disfrutando las delicias de sus jardines y las brisas del rio Tajo, que se desliza entre ellos con su rápida corriente y sus murmurios cadenciosos.

Sigamos la corriente que nos conduce á la Imperial Toledo, la ciudad Goda que aún conserva su venerable aspecto de antigüedad; volvamos contra corriente y mas allá de Colmenar, á dos leguas escasas distinguiremos á través del telescopio una pequeña villa, un pueblecito muy pobre, que se estiende á la orilla derecha del soberbio Tajo, no tiene nada de notable, ni un camino regular, ni huertas, ni arbolado, ni edificios; es un reducido espacio donde se agrupan cien casas, y donde pululan sus pobres habitantes. Su nombre Villamanrique de Tajo, aldea querida á pesar de su pobreza, donde la autora de estas líneas, escritas en el extranjero, ha visto la primera luz, donde reposan las cenizas de sus padres.

Empero volvamos al punto de partida; en la *Poza del Moral* están don Juan y Aurora;

en el centro de la posesion se vé la blanca casita, cuyos muros cubiertos de verdura están llenos de nidos, donde los pájaros cantan sus amores; Aurora tiende la mano desde su ventana y acuden á comer en ella el rico grano que les ofrece la hermosa señora, bella, muy bella, áun cuando ya es abuela y ostenta orgullosamente algunas hebras de plata en su rizada y abundante cabellera.

Serafin, ya estaba casado con una jóven navarra, amable, hacendosa, llena de virtudes. Aurora que soñaba en la dicha de su hijo, encontró un tesoro y se le llevó á su casa. Nada mas feliz que el nuevo matrimonio; tenían un modelo perfecto en el de sus padres, y seguian su camino.

Serafin era abogado y desempeñaba en Toledo un destino decente, empezando á seguir las huellas de su padre; Paulina, su esposa, imitando á Aurora, solo se ocupaba de su casa y de sus hijos lactados por ella misma; tenían dos; la mayorcita se la llevaron los abuelos, la llamaban Laura en memoria de la hija que habian perdido.

En aquellos corazones todo sentimiento y amor no cabia el olvido, vivian de los recuerdos del pasado, de las afecciones del pre-

sente y esperaban tranquilos el porvenir en su bella posesion que era un erial veinticinco años antes, y donde poco á poco, dia por dia, año por año, fueron invirtiendo en mejorarla todo el fruto de su trabajo, todos los ahorros de su *caja*, de su *práctica y productiva caja de Ahorros de la Poza del Moral*.

Allí están en puerto seguro, léjos de las borrascas del mundo; tienden la vista y cuanto les rodea es suyo; en todas partes la tierra les dá con creces el producto de lo que han sembrado. «El que siembra coje,» dice un refran español. Aurora y don Juan sembraron amor y recogieron el de sus hijos y el de sus nietos, que rodearon su vejez con cien flores inmarcitrables de eterno aroma, que son un bálamo para el alma, las afecciones del corazon.

En la plazoleta que dá frente á la linda casita, hay una fuente con un surtidor que sube hasta los balcones, se llama la *Fuente de Laura*, varias calles de árboles y rosales conducen hasta allí: Una bóveda de verdura cubre la plazoleta y las avenidas, que cubiertas de emparrados con diferentes clases de uvas hacen no solo cómoda en verano, fresca y amena la estancia en la posesion, sino en extremo productiva.

AURORA Y FELICIDAD.



D. JUAN Y D.^a AURORA EN COLMENAR.

El sitio de don Juan está junto á la fuente; debajo de un árbol tiene su sillón donde pasa las mañanas leyendo los periódicos, riéndose de las luchas de los partidos, de las ambiciones de los políticos, de las pasiones y de las envidias que corrompen la sociedad.

Ageno á los ódios y á las rivalidades, vive feliz, adorado, respetado, cuidado en extremo por su esposa, por sus hijos, por sus nietos, por sus numerosos criados. Laura, la pequeñísima Laura, que apenas cuenta tres años, está á los piés de su abuelo jugando con el mastin; Corbato, que en su fidelidad y cariño á su amo no se aparta un momento de su lado, le sigue á todas partes, y es otro ser adicto que le conservará su cariño hasta la muerte.

En los puntos mas altos de la posesion está la casa de los arreos, destinada para el hortelano, que domina desde allí todo el valle. A ella acude con frecuencia Serafin con su escopeta al hombro vigilando á los criados, cuidando de sus intereses, y atendiendo á todo para que su padre descanse y disfrute en sus últimos años las comodidades de la vida. Está segura de que sus hijos harán lo mismo con él cuando á su vez sean grandes y here-

den sus bienes. Paulina, jóven de 20 años, de un carácter angelical, imitando en un todo á su marido, pues mientras Serafin cuida los intereses de fuera ayudando y siendo el sosten y apoyo del anciano don Juan, ella presta á la buena Aurora todo su concurso para el arreglo doméstico, evitándola trabajo, cuidando de que nadie la moleste ni aun en sueños, pues no permite despertarla por nada del mundo cuando está entregada al descanso.

• Generalmente los dos matrimonios pasan los inviernos en la ciudad desempeñando sus destinos; pero el verano no faltan en la Poza del Moral. En aquel hermoso valle que corre de Norte á Sur donde se disfruta todo el año una temperatura tan agradable que no pasa de 19 grados: allí tranquilos y risueños, sin ambiciones ni congojas leen en los diferentes periódicos, que el peaton de Colmenar les lleva diariamente, los acontecimientos del mundo, los viajes, idas y venidas al extranjero y á los baños de mar de muchas familias que conocen y que no tienen mas bienes que sus sueldos como empleados de la Nacion.

Todas las mañanas el punto de reunion es al rededor de la Fuente de Laura ó en el patio del interior que está cubierto de ca-

ñas y donde no penetran los rayos del sol.

Los amigos de Colmenar van á visitar á la familia, y se leen y comentan los periódicos.

—Venid, gritó don Juan, una mañana; Aurora, Serafin, escuchad una cosa que os ha de interesar. Todos corrieron á su lado.

Paulina con las manos llenas de masa pues estaba amasando unos bollos de manteca para el chocolate; Aurora con Laurita en brazos, la sentó sobre sus rodillas y siguió peinándola, y Serafin arreglando los chismes de caza y limpiando la escopeta.

—¿Qué has leído de interesante? cuéntanos, exclamó Aurora.

—Una causa criminal, en Buenos Aires.

—¡Bah! y qué nos importa á nosotros lo que sucede allá tan léjos, repuso Paulina; me voy á preparar los bollos que me los echará á perder la tia Gila si la dejo sola.

—Tú solo piensas en esas cosas, dijo Serafin; vete pues, que los sabrosos pasteles son mas agradables que las noticias de América.

Paulina se marchó y los tres se quedaron solos con la pequeña Laura, que pugnaba por descender al suelo desde las rodillas de su abuela, para jugar con el perro Corbato.

Don Juan leyó lo siguiente:

—«Ayer se ha sentenciado á muerte en garrote á una señora de gran tono, que se hacia llamar la Baronesa de Moncek, y ha estado viviendo con gran ostentacion en todas las repúblicas americanas. Tenia consigo una jóven de unos veinte años muy guapa llamada Concha, á la cual presentaba en todas partes como su hija.

»Esta jóven, escapándose de la prision en donde la tenia encerrada, se presentó al cónsul de España pidiéndole proteccion, y delató á la fingida baronesa de una porcion de crímenes, entre ellos la muerte de un anciano á quien pretendia despojar de todos sus bienes.

»Mañana, mejor informados, daremos mas detalles sobre la historia de esta aventurera.»

—¿Y no dice mas? exclamó Aurora.

—¡Qué lástima! añadió Serafin; tendriagusto en saber que ha sido de esa pobre Conchita.

—Quizá lo diga mañana; esperemos.

Serafin habia conservado un ligero recuerdo de aquella primera afeccion de su juventud, pensando que si Conchita hubiera sido buena y juiciosa, no se veria en América abandonada, quizá se hallára en la Poza del Moral, ocupando el lugar de la bondadosa Paulina.

CAPITULO XVII.

EL CRÍMEN DE LA BARONESA.

Con qué impaciencia esperaron al dia siguiente el correo!

Dos veces salió Serafin de la posesion, y subiendo la pedregosa cuesta que conducia á las eras de Colmenar fué á ver si llegaba el peaton. Como este tardase se volvia á bajar, y sentándose en la fuente que hay á la entrada donde iban á buscar el agua todas las mozas y mozos de la villa, se entretenia oyendo sus disputas sobre quien llenaria primero, y viendo los cántaros rotos que sembraban los alrededores haciendo en union de los enormes pedruscos de la cuesta impracticable y sumamente incómodo aquel camino.

Dice un refran español que «por mal camino no se puede ir á buen lugar,» pero en el caso presente no estaba bien aplicado aquel axioma.

Por una vía infernal, donde se espone uno á romperse la cabeza rodando por la áspera

bajada erizada de cantos, se va á la fuente que surte de riquísima agua al pueblo, un pueblo tan rico, que debiera haber hecho mas accesible esta importante vía, y al lado de la fuente está la puerta de *La Poza del Moral*.

La deliciosa posesion, donde se reunen tantas maravillas de la naturaleza, donde el arte, el trabajo, la constancia, el buen gusto y el amor de una familia se han unido para formar el hermoso vergel, *El nido de amor* que embellece y encanta aquellos áridos campos.

Serafin se sentó en el pilon de la fuente lleno de ansiedad, hasta que llegó el anhelado cartero, y tomando los periódicos y cartas que llevaba corrió á buscar á su padre que se entretenia leyendo un libro de legislacion.

—He aquí los periódicos, vamos á ver que ha sido de esa pobre Conchita; dijo el jóven abriéndolos uno por uno hasta encontrar el que buscaba.

Aurora ya peinada y vestida sencillamente con su bata de percal fino, estaba haciendo un chaleco de lana para su marido á quien empezaban á molestar las reumas. Achaques propios de la edad.

—Vamos, lee, pronto, Serafin, dijo con impaciencia.

«En el número de ayer dimos cuenta de haber sido condenada la Baronesa de Monce á cadena perpétua; vamos hoy á contar su historia segun á grandes rasgos lo refieren los periódicos de las Repúblicas del Sur.

»*La Colonia Española* de Montevideo, dice así:

»La Baronesa de Monce era una aventurera acostumbrada desde su juventud á recorrer el mundo apelando á todo género de recursos por reprobados que fueran para vivir con lujo y buscando siempre el medio de conquistarse una fortuna independiente que la permitiera terminar sus dias al abrigo de la miseria. Su juventud, ha sido borrascosa, escapada con un amante de la casa de sus padres cuando apenas tenia veinte años, ha llegado á los cincuenta corriendo de país en país, con diversos nombres y apareciendo en varios estados, como casada, como viuda y hasta como hermana de la Caridad mezclada con las ambulancias de la Cruz Roja y prestando en los campamentos sus servicios caritativos á los heridos, á los que solia despojar de su dinero y alhajas muchas veces.

»En Niza y en Monte-Carlo, se la habia visto ganar enormes sumas muchas veces y casi nunca perder, porque conocia como el mas esperto las artes de la ruleta.

»En España se hizo presentar como poetisa; escribió y publicó libros que elogió la prensa; pero desapareció de Madrid, seduciendo á una niña de quince años hija de una familia respetable. La niña abandonó voluntariamente á sus padres, y dejando su pátria quizá para siempre, corrió con la aventurera toda la Francia, pasaron luego á Inglaterra, y desde allí á la América del Sur. Se presentaron las dos señoras en Montevideo, con gran boato, como la viuda y la hija de un banquero alemán, que viajaban por gusto y á fin de perfeccionar en los viajes la educacion de la niña. Viéronse al punto rodeadas de todo lo mejor de Montevideo; en sus salones, se hacia música, se bailaba, y en uno particular se jugaba. Este solia presidirle la Baronesa, arreglándose de tal modo que sus concurrentes dejaban en sus manos grandes sumas.

»A consecuencia de un desafio (originado por las coqueterías de Conchita,) entre dos jóvenes de los principales de la poblacion, las señoras desaparecieron, y al cabo de un año

empleado á viajar por Chile y el Perú, se las vió en Buenos Aires, en una casa de campo que alquilaron por tres años. Cosa rara en ellas, que tenian por residencia el mundo entero.

»Al lado de la casa de la Baronesa vivia un ingeniero francés, inmensamente rico, que habia construido muchos caminos de hierro, y diferentes obras en América, y deseando descansar, se habia instalado con su mujer en una posesion magnífica, llena de preciosidades, de objetos de artes y de maravillas sin cuento.

»La Baronesa que tan pronto era francesa, como alemana, como española, sin que se conociera su verdadera nacionalidad, porque hablaba todos los idiomas con una perfeccion admirable, le convino esta vez, por conquistarse las simpatías del ingeniero, hacerse pasar por francesa; nacida en Paris, y casada con un aleman. Como las casas de campo estaban unidas, se comunicaban por la huerta, por el jardin, por el parque, que solo separaba una verja de hierro, ó una simple tápia, y se veian todos los dias, habiendo llegado á ser las dos familias como una sola.

»El trato de la Baronesa era encantador,

su instruccion vasta, y ya entretenidos en amable y amenísima conversacion, ó escuchando á Conchita, que tocaba el piano con mucho gusto, y cantaba algunas canciones andaluzas, dejaban correr las noches de invierno, estrechando fuertemente los lazos de la mas cariñosa amistad.

»De repente Anita, que era la señora del ingeniero, cayó enferma, estuvo dos meses en cama, en cuyo tiempo la Baronesa y Conchita no se apartaron de su lado, cuidándola como á una hermana querida.

»El ingeniero, Mr. Moreau, frisaba ya en los 70 años, y su mujer apenas tendria 25, se habia casado con él á pesar de la desproporcion de edad mas bien que por estimacion por sus intereses, que eran cuantiosos, ascendiendo quizá á quince ó veinte millones de reales.

»La astuta Baronesa, vió el medio de que esta fortuna pasara íntegra á sus manos, y se instaló en la quinta inmediata, entablando íntimas relaciones, y apareciendo tanto ella como Conchita, como modelos de virtud; su conducta intachable, su amabilidad, su gracia, todo eran motivos para hacerse querer del viejo ingeniero y de su mujer, que

era una jóven sencilla, de una clase humilde y sin educacion de ningun género. No tenia mas atractivos que su hermosura.

»Desde el momento en que conoció á la Baronesa y estrechó sus manos, sintió cierta repulsion hácia ella, así como simpatizó mucho con Conchita, y mientras ellas hablaban y corrian por los jardines, la Baronesa y el ingeniero jugaban al ajedrez, por cuyo juego tenia el anciano una verdadera pasion.

»Anita se restableció de aquella enfermedad; pero quedó muy débil, pálida, delgada, y sintiendo de continuo dolores en el estómago y en el pecho.

»Un dia llegó la Baronesa, preguntó por Anita y la dicen: «la estamos esperando para el desayuno.»

»Efectivamente la criada puso en una mesa de lacar una bandeja con el chocolate, leche, manteca y varias clases de pasta, y se alejó. La Baronesa quedó sola. La mesa estaba colocada en una galería cubierta de plantas y llena de macetas que contenian flores preciosas. La galería iba al jardin, y enfrente estaba la avenida que conducia á la puerta principal de la casa. Conchita apareció al extremo con la sombrilla en la mano.

»La Baronesa miró por todas partes, no vió á nadie, estaba enteramente sola. Conchita se acercaba á pasos lentos. Aprovechando aquel momento favorable sacó un frasco de su bolsillo y le destapó; pero sintiendo ruido salió un momento de la galería, miró con ansiedad por todas partes y no viendo á nadie volvió hácia el sitio donde estaba el desayuno para Anita, y vertió con rapidez en la taza de chocolate, que no estaba llena, el frasco que tenía en la mano.

»Conchita, á dos pasos de ella, la miraba con asombro, sin acertar á explicarse la acción de la Baronesa; esta salió precipitadamente al jardín y se internó por una calle de árboles. Concha la siguió y á pocos pasos encontraron á Anita que llegaba con el jardinero.

»Se reunieron las tres informándose del ingeniero que estaba en la ciudad para asuntos propios. Anita las invitó á que subieran á la galería; pero la Baronesa manifestó su deseo de quedarse en el parque paseando hasta que llegase Mr. Moreau.

—»Vendrá tarde; contestó Anita; está realizando todas las fincas; pues, como saben ustedes piensa que nos traslademos á Fran-

cia el invierno próximo; yo no tengo familia, y como deseo mucho conocer la Europa, le animo en su pensamiento.

»La Baronesa se estremeció de alegría; comprendió que de un golpe podía hacerse dueña de los veinte millones del ingeniero: Pero Anita le estorbaba. La dejaron sola y partieron las dos prometiendo volver por la tarde.

»Conchita no podía apartar de su memoria lo que habia visto, y se decia á sí misma.

—»¿Por qué la Baronesa habrá vertido el contenido del frasco en el chocolate que habrá ya tomado Anita? ¿Si será un veneno? ¡Ah! Dios mio! si esta mujer llega hasta el crimen yo no la sigo por ese camino. Y la pobre niña la miraba con espanto y se estremecía de horror.

»Apenas habian llegado á su casa, y tomado una labor cuando sintieron en la quinta de Mr. Moreau grandes gritos, los criados corrian por todas partes, y alguno llegó á decir á la Baronesa, que acudiera pronto, porque una desgracia ocurría en la casa.

—»¿Qué hay? dijo Conchita con ansiedad.

—»La señora, despues de haber tomado su desayuno, se ha puesto muy mala, se muere!

¡se muere!... ¡Ah! corran Vds. yo voy á buscar un médico á escape.

»Cuando el criado desapareció, Concha se volvió á la Baronesa y la dijo.

—»¿Era un veneno lo que V. ha vertido en la taza?

»La Baronesa la miró con asombro, reflexionó unos instantes y al fin exclamó con voz firme.

—»Sí; pero calla y disimula; no puede descubrirse, es un veneno especial, que no deja huella.

—»¿Y con qué objeto ese crimen?

—»Con el de hacer que Mr. Moreau sea tu marido, y heredes veinte millones que posee.

»Al decir esto la Baronesa dejando á Conchita abismada en un mar de reflexiones corrió á prestar sus cuidados á la enferma.

»Cuando llegó el médico, le dijo:

—»Un nuevo ataque de la enfermedad pasada.

»El médico declaró que era una enfermedad oculta, cuyo origen impenetrable no podían adivinar. Se ensayaron varios remedios; pero inútiles; cuando llegó el ingeniero aquella tarde, recibió el último suspiro de su esposa.

»El pobre hombre que la amaba apasionadamente porque era una criatura angelical, estaba inconsolable. Arrojó sobre una mesa una abultada cartera de tafete, diciendo:

—»Hé ahí toda mi fortuna en valores sobre Europa; yo era tan feliz al pensar trasladarme á Francia con mi pobre ángel, y ahora me encuentro solo en el mundo; para qué quiero ni la fortuna ni la vida, si ella, ¡mi sola felicidad en la tierra, no existe!...

»La Baronesa se constituyó en la casa; arregló los funerales, asistió y consoló al pobre anciano, se hizo su providencia, acariciándole como á un niño, tributándole toda especie de homenajes y de atenciones y conquistándose mas y mas sus simpatías y su estimación.

»A todo esto, Conchita no salía de su cuarto, triste, llorosa, afligida; no quería ir á la quinta de Mr. Moreau; le daba horror la Baronesa, y solo pensaba en aquella taza de chocolate, y en la pobre Anita muerta en la flor de su edad, cuando la fortuna y el amor de su esposo la hacían tan feliz.

»Viendo la Baronesa que Conchita no transigia con su crimen, empezaron entre ellas graves altercados y fuertes disgustos.

—»En todo lo que ha sido una vida de intrigas, de aventuras y de amores, V. ha dispuesto de mí; la he obedecido, áun cuando no ha realizado su promesa de casarme con un jóven de mi gusto, y de volverme á Madrid, con mis padres; pero en lo tocante á la conciencia, no transijo; ¡jamás seré su cómplice en el crimen, jamás, señora, jamás! el espectro de esa pobre Anita me persigue á todas horas; yo pude evitar su muerte arrojando aquella taza que contenia el veneno; no lo hize y sufro horribilmente, y no duermo, ni vivo, ni sosiego; siento que mi cabeza se extravía, y creo que voy á volverme loca.

»Todas las persuasiones, todas las súplicas de la Baronesa fueron inútiles para tranquilizar la alarmada conciencia de la infeliz criatura.

»En este estado la Baronesa, se veia perdida, y como supremo recurso, resolvió encerrarla en un sótano muy hondo que tenia la casa, por ver si lo que no hacian los ruegos, lo conseguian las amenazas. Despidió á todos sus criados diciendo que iban á emprender un largo viaje, y á media noche cuando la pobre niña estaba dormida la ató las manos, la cruzó un pañuelo por la boca para ahogar sus

gritos, y medio arrastrando la condujo al sótano dejándola encerrada, y atada á un poste. A su lado puso pan y un cántaro de agua, y se fué á casa de Mr. Moreau.

»Estaba decidida á emplear el veneno que habia asesinado á su esposa, y á apoderarse de aquella anhelada cartera, que contenia los 20 millones tan codiciados, embarcándose para Europa en un buque inglés, dejando tres víctimas, porque su idea era que Conchita se muriese de hambre en el sótano.

»Mr. Moreau estaba muy enfermo, y tan lleno de pena por la muerte de su esposa, que no queria ver á nadie; esta órden la Baronesa hizo observarla cuidadosamente y todos los amigos fueron alejados de la casa. Para captarse mas y mas la confianza del anciano le dijo que habia mandado á Conchita á la ciudad con unas amigas, á fin de ocupar por completo su tiempo en asistirle y acompañarle en aquella terrible desgracia.

»Su idea principal era obligar al anciano á que firmase un testamento á su favor, conquistando su cariño, y sin cometer un nuevo crimen; pero la obstinacion de Conchita, sus escrúpulos y su falta de cooperacion en la empresa trastornaron sus planes, se veia

perdida, creyéndose delatada á cada momento, y determinó concluir cuanto antes. Al efecto tomó pasaje en un buque que salia de Buenos Aires al siguiente dia de aquella noche en que Conchita quedó encerrada.

»Mr. Moreau tenia fiebre, y á grandes gritos llamaba á su esposa; solo la Baronesa tenia el poder de calmar sus arrebatos con un refresco que cariñosamente le preparaba.

»Serian las doce de la noche cuando el enfermo se entregó á uno de aquellos peligrosos delirios. La Baronesa corrió á la cabecera de la cama, mandó que una criada preparase una naranjada y la pusieran sobre la mesa de noche. Despues, hizo que se acostasen los criados, quedando sola á su lado. Le dió la naranjada en la cual puso el contenido del frasquito, y apoderándose de la cartera que estaba guardada en un mueble, salió precipitadamente del aposento, dejando al pobre anciano entregado á sus angustias; luego se deslizó por una puerta escusada.

»Iba envuelta en un abrigo negro, sombrero negro con plumas y un espeso velo que la cubria la cara. En el pecho llevaba la cartera que apretaba contra su corazon. Ya se creia rica, millonaria; eran las dos de la madruga-

da, á las cuatro zarpaba el buque, y un carruaje la esperaba para conducirla al puerto.

»Sale de la quinta, atraviesa el jardín, llega á la puertecilla escusada, abre; ya se juzgaba libre, cuando la rodearon varios agentes de policía que vigilaban al rededor de la casa, y la llevaron á la cárcel.

»Conchita la habia delatado. A fuerza de mordiscos, habia conseguido la pobre niña desatarse el pañuelo de la boca; despues rompió las ligaduras no muy fuertes, que la sujetaban al poste, y valiéndose de un clavo rompió la cerradura de la puerta, y salió. Como la casa estaba desierta, se dirigió al campo, corrió á la ciudad y acogiéndose al cónsul español, le contó lo que pasaba, exhortándole á que fuera á la quinta de Mr. Moreau si queria evitar la muerte de este pobre señor.

»Cuando la autoridad llegó era tarde; reconocido el veneno que aún llevaba la Baronesa en el bolsillo, quisieron los médicos salvar la vida del anciano, propinándole remedios eficaces, pero sin resultado favorable porque espiró al dia siguiente, declarando que dejaba todos sus bienes á la familia que tenia en Francia.

»En cuanto á Conchita, se encuentra muy enferma, sola, sin recursos, y á tanta distancia de su país; el cónsul ha escrito á sus padres para que la envíen dinero para trasladarse á España. Entre tanto la llevaron al hospital donde continúa.»

Aqui terminaba el relato de *La Colonia Española*. D Juan, Aurora y Serafin, se quedaron profundamente afligidos, al ver la suerte de aquella infeliz criatura.

CPITULO XVIII.

LA MENDIGA.

La familia de D. Juan, que no habia conservado relaciones ningunas, ni nunca trataron á la de D. Roman en sus tiempos prósperos, sintieron la compasion mas grande al saber por los periódicos la prision y la enfermedad de D. Roman, su traslacion despues al hospital de hombres incurables y la desaparicion de su mujer, de quien nadie hablabá, ni se conocia su residencia.

Veinticuatro horas pasaron D. Juan y Aurora hablando del mismo asunto, haciendo comentarios sobre la vida de las grandes capitales en las que el lujo y las apreciaciones de la alta sociedad, que obligan á competir los altos con los bajos, ó á meterse estos en un rincon, causan tantas víctimas y tantas ruinas.

—Porque no han seguido mi ejemplo; decia Aurora. Yo he criado mis hijos, cuando ella tenia una robusta montañesa para Con-

chita; mientras pasaba mi juventud junto á su cama, Felicidad se iba á las fiestas del gran mundo; así es como ha perdido el cariño de esa pobre criatura, que los abandonó por no encontrar calor en el regazo maternal.

—Todos no se contentan con su suerte; tienen aspiraciones, viven de ilusiones y ahí tienes los resultados, contestaba D. Juan. La ruina, el deshonor, el hospital, la miseria.

—Y bien, con esas reflexiones no hacemos nada; exclamaba Serafin. Es preciso socorrer esa niña, ¿la hemos de dejar perderse por completo en Buenos Aires? El cónsul pide socorros para ella, sus padres no los tienen y quizá ignoren la suerte de su hija.

—Tiene razon, Serafin, respondió D. Juan, apoyando la generosa idea de su hijo; si han sido culpables, ya sufren el castigo; nosotros no podemos, ni debemos juzgarlos; nuestro solo deber es socorrer á esa desventurada en nombre de la caridad, y que venga á cuidar á sus padres en sus últimos dias.

—La misma idea he tenido yo; exclamó Aurora, pero no sé como realizarla.

—Vámonos á Madrid, y allí lo veremos.

—Corriente; te acompaño; dijo Aurora á su marido.

—Anda, Serafin, añadió D. Juan, toma dos billetes en la diligencia que sale esta tarde á las cuatro; son las doce, comeremos, dormiremos una siestecita debajo del emparrado, que será muy agradable, con el pensamiento de hacer una obra de caridad, y á las tres subiremos al parador nuevo, á montar en la diligencia, y á las diez estamos en Madrid.

Así fué en efecto, Serafin acompañó á sus padres hasta el parador nuevo, donde paraba la célebre diligencia de Frascuelo que á pesar del tiempo transcurrido y del cariño siempre en aumento que le profesan los vecinos de Chinchon y de Colmenar, no ha pensado nunca en mejorar el servicio de coches, en obsequio á sus amigos que le hubieran levantado altares, como ya los tiene en sus corazones que le rinden entusiasta culto; siendo capaces de quitar á San Roque, su patron y el santo de su fiesta predilecta, del sitio que ocupa en la iglesia, para colocar á Frascuelo.

Don Juan y Aurora, dando tumbos y pasando vaches en el desvencijado vehículo, llegaron á Madrid, eran las diez de la noche, y se fueron á dormir á casa de unos amigos.

Por la mañana temprano empezaron sus

averiguaciones. ¿Dónde estaba Felicidad? Nadie lo sabía. Fueron al hospital de Incurables, pidieron ver á Don Roman, y el director les dijo:

—No conocerá á Vds.: su estado es lastimoso; la parálisis ha invadido la cabeza, y tiene momentos de delirio tan terribles que nos hacen temer por su vida.

—¿Y su mujer? ¿no viene por aquí?

—No, señora; al principio venia algunas veces, cuando don Roman estaba mejor y tenia completas sus facultades; pero no queria verla, la tenia un ódio mortal, y era necesario que se apartase de su presencia, porque le causaba trastornos y crisis nerviosa que nos costaba trabajo dominar.

—¿De manera que no podremos averiguar las señas de su domicilio?

—Creo que no está en Madrid, por lo menos, aquí anunció su propósito de irse al extranjero con su hija y la célebre baronesa de Monček; cuando no ha vuelto hace tres años, sin duda lo habrá realizado.

—¿Y V. no sabe el paradero de esa baronesa y de la hija de ese infortunado don Roman?

—No sé nada; contestó el director.

Don Juan sacó el periódico y se lo hizo leer, manifestándole que sus deseos eran los de socorrer á la pobre niña, y buscar algunas de las personas que habian sido amigas de la familia en sus buenos tiempos, á fin de auxiliarle en su obra.

El señor Santa Cruz, que así se llamaba el director del hospital, acogió con grandes muestras de aprobacion el generoso propósito de don Juan y ofreciendo ayudarle en lo posible se encargó de recaudar algunas cantidades con este objeto, mientras ellos por su parte buscaban á Felicidad.

El señor Santa Cruz que á su amabilidad y finura reúne un excelente corazon y los mas nobles sentimientos, cumplió su palabra, reuniendo en pocos dias ocho mil reales que le dieron varias personas piadosas, unas por caridad, otras porque conocian la historia de don Roman, y otras por compromiso.

Lo cierto es que el buenísimo del director, muy contento por el resultado obtenido y satisfecho al asociarse á la buena obra que proyectaban don Juan y Aurora, esperó á éstos con verdadera ansiedad, á fin de que unidas las gestiones, pudieran cuanto antes enviar el dinero al cónsul de Buenos-Aires, dinero

que debia salvar á la infeliz niña, devolviéndola á su pátria y al seno de la honradez.

En tanto que el señor Santa Cruz se ocupaba de esto, don Juan y Aurora recorrian todo Madrid, buscando á Felicidad. Ninguno de sus antiguos amigos les pudo dar razon; ya desconfiando del éxito, resolvieron abandonar la empresa por imposible, consagrando solo su atencion á lo referente á Conchita.

Llevaban ocho dias en la corte, y deseaban cuanto antes marcharse á su «nido de Amor,» asilo seductor de su vejez, donde sus hijos y sus nietos los esperaban con ansiedad.

—Esta tarde á las cuatro nos iremos á Colmenar, dijo don Juan.

—Sí, hijo mio; pero vámonos primero á misa, á San Ginés que nos coge cerca, y despues á llevar el dinero al señor Santa Cruz para que lo envíe al cónsul, ya que este señor es tan amable que se ha encargado de todo.

Era domingo; á las diez de la mañana entraba muchísima gente en la iglesia de San Ginés, situada en la calle del Arenal. A la puerta del templo acostumbraban á reunirse infinidad de mendigas que casi todas habian sido personas decentes, y cubriéndose el ros-

tro con un espeso velo iban allí á implorar la caridad pública. Entre ellas habia una alta, flaca, mas cuidadosamente tapada que las demás. El velo de su manto era de crespon, tan tupido que no se la veian ni siquiera las facciones. Su continente demostraba una mujer de maneras finas y distinguidas. No hablaba palabra, ni pedia, contentándose con alargar la mano cuando entraba alguna persona.

Su actitud doliente, su mutismo, la amplitud y esmerada hechura de su traje, que áun cuando era de lana, sencillísimo y ajado, en su misma vejez denotaba elegancia y buen gusto, todo en aquella mendiga llamaba la atencion. Todos se fijaban en ella y los mas depositaban una moneda en la flaca, pero pequeña y aristocrática mano, perfectamente cuidada.

Don Juan y Aurora que se dirigian á la iglesia la vieron entrar delante de ellos y que con paso rápido fué á ocupar su sitio de costumbre.

—Parece Felicidad, dijo Aurora; tiene todo su aire altivo, y su manera de andar.

—Va tan tapada, que no es fácil conocerla.

—Es verdad, cualquiera diria que tiene interés en ocultarse. ¡Ah, calla!... dijo Auro-

ra, viéndola ya sentada y con la mano tendida en actitud de pedir limosna á los que entraban á misa.

—¡Y con esa altivez! quien lo diria.

—Pues te aseguro, querido Juan, que no me equivoco; esa mujer es la que buscamos.

—Que cosas tienes, mujer, se verá reducida á ese extremo; eso es imposible.

—Pronto lo sabremos.

Aurora se acercó á ella y poniendo una moneda en su mano, la preguntó:

—¿Hermana, sabe V. si hay misa rezada?

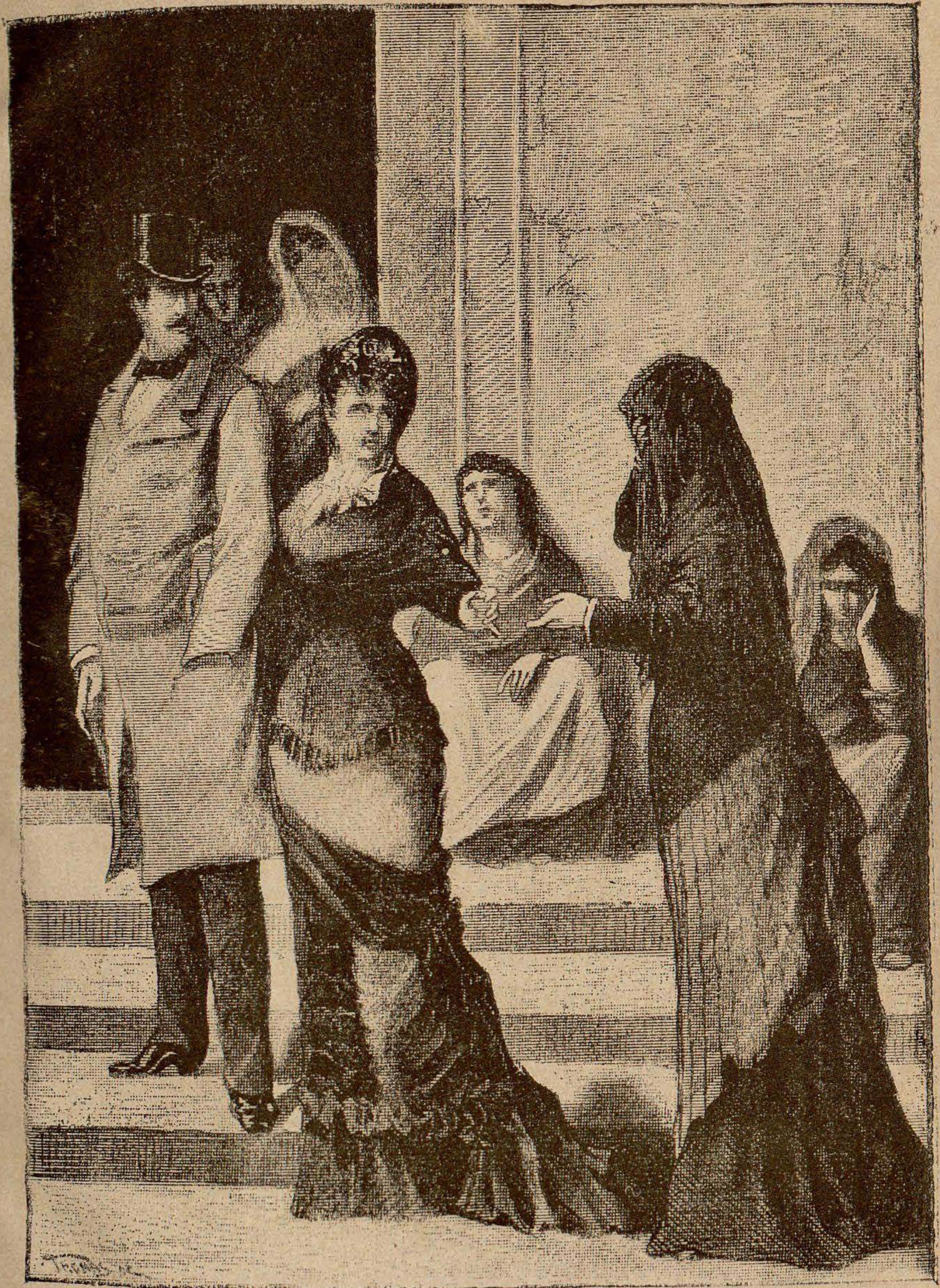
La mendiga se encogió de hombros y no contestó, Aurora la devoraba con la vista, queriendo penetrar el tupido crespon.

Otra de las pobres se apresuró á contestar:

—Es la misa mayor, señora; con sermon; pero en las capillas laterales hay tambien misas rezadas.

Aurora, comprendiendo que Felicidad los habia conocido y no queriendo por su parte descubrirse, entró en la iglesia; pero permanecieron poco tiempo, quedándose don Juan en el átrio para no perder de vista á la misteriosa tapada. Esta hubo de observar que era objeto de atencion y levantándose echó á andar hácia la calle del Arenal; don Juan hizo seña

AURORA Y FELICIDAD.



A LA PUERTA DE LA IGLESIA.



á Aurora, que salió al punto y fueron detrás de ella.

La tapada volvió la cabeza y apresuró el paso, ellos también; se entró por la calle de las Hileras y fué á salir á la plazuela de las Descalzas; en la puerta del Monte de Piedad, ya iban casi á su lado Aurora y don Juan; hablaban alto.

—Parece imposible que haya madres tan malas, dijo Aurora; abandonar á sus hijas, ¡qué horror!

La tapada estremeciéndose, pareció vacilar.

—Esa pobre Conchita, despues de tantos disgustos como la ha hecho sufrir esa infame de baronesa, verse encerrada en un sótano...

La tapada se paró; escuchaba con ansiedad.

—Pobre niña, en un hospital muriéndose, y su madre, esa Felicidad no acude en su socorro.

—¡Mi hija!... ¡mi hija!... ¿dónde está mi hija? gritó la mendiga, levantándose el velo, con las manos cruzadas en actitud de súplica, y el rostro bañado por las lágrimas; al volverse, se encontró frente á frente con los dos esposos.

—¡Ah! ya sabia yo que era V., señora,

dijo Aurora; mi instinto de mujer no me engañó.

—¡Pero mi hija!... por piedad, desde que me la robaron no he vuelto á saber de ella.

—Está como he dicho en un hospital.

—¿Dónde, dónde?... exclamó angustiada.

—En Buenos-Aires.

—¡Ah! ¡Dios mio!... y rompiendo en sollozos largo tiempo comprimidos, se dejó caer en las gradas de piedra del Monte de Piedad.

Aurora se sentó á su lado y tomándola una mano, la dijo con acento de infinita dulzura:

—¡Pobre madre!... tranquilícese V. y no pierda la esperanza de ver á su hija; áun cuando está léjos ya vendrá.

—Yo soy muy pobre, no puedo ir á verla, y cuando ella está en un hospital no debe tampoco tener recursos para venir; murmuró.

—Nosotros se los mandaremos; hemos venido con ese objeto de Colmenar y hace ocho dias que estamos buscando á V. para darle noticias de esa pobre niña, que ha sido muy infeliz.

—¿Y cómo lo han sabido Vds.?

—Se lo diremos, y le contaremos todo lo

que ha hecho la infame mujer que la sedujo arrastrándola al crimen; pero es preciso que se venga V. con nosotros, aquí llamamos la atención.

Felicidad enjugando sus lágrimas se echó el velo y se levantó, diciendo:

—Vamos donde Vds. quieran.

Pasaba un coche desalquilado y don Juan le mandó parar, subiendo los tres.

—¿Dónde vamos, mi amo? preguntó el auriga.

—Calle de Atocha; hospital de hombres incurables de Nuestra Señora del Cármen.

Don Juan cerró la portezuela y la berlina arrancó al trote corto que suelen llevar los escuálidos caballos de los simones de Madrid.

—¿Y por qué vamos al hospital? exclamó Felicidad; mi marido me tiene horror.

—El infeliz no conoce á nadie, y ya no se halla en el caso ni de amar ni de odiar.

—¿Tan malo está?

—Muy malo, la parálisis ha invadido la cabeza; pero no la llevamos á V. allí para que le vea si no es su gusto; sino porque el director del hospital se ha tomado tanto interés por Conchita, que nos ayuda á recoger

los fondos necesarios para que la niña se venga, y vamos á entregarle los nuestros para que, unidos con los suyos, se le envíen al cónsul mañana mismo.

—Háblenme Vds. de mi hija; se lo ruego.

Aurora refirió todo lo que habian dicho los periódicos, la buena y simpática Aurora lo sabia de memoria, no olvidó ni un detalle, de tal modo la habia preocupado el asunto. Felicidad lloró amargamente, les contó su vida de miseria y de soledad, mostrándose tan arrepentida de su conducta pasada, que la tuvieron profunda lástima. Hubo en el hospital escenas desgarradoras al ver á su marido que mas bien parecia una momia que un hombre.

Ella por su parte se asemejaba á un espectro, pálida, demacrada, con el ojo único que la quedaba hundido y rodeado de un círculo amoratado. El cabello completamente blanco.

Don Juan y Aurora permanecieron con ella casi todo el dia, consolándola y socorriéndola. La infeliz, desde su desgracia, no habia encontrado nadie que de tal modo la manifestase interés y compasion.

—¡Ah! que felices son Vds., decia, con tener su hija en el cielo; ella no ha conocido las amarguras de la vida.

—¡Nuestra pobre Laura! exclamaba Aurora llorando, no la olvidamos nunca; pero bendecimos y acatamos la voluntad del Señor.

—Mejor está en el cielo, que no perdida y en un hospital como mi pobre Concha.

Reunieron diez mil reales, y el señor director en union de Felicidad se encargaron de mandárselos al cónsul de Buenos-Aires.

Don Juan y Aurora, terminada en Madrid su mision de caridad, se marcharon aquella misma tarde á Colmenar, muy satisfechos de su conducta y sumamente felices al abrazar á sus queridos hijos y sus nietos, que los esperaban para premiar con sus besos y su filial cariño la abnegacion y caridad de sus almas. Los millares de pájaros que albergaban en los árboles de la Poza del Moral, entonaban sus magníficos conciertos, como celebrando la llegada de sus dueños.

EPÍLOGO.

Tres meses despues recibieron carta del director del hospital, en la cual les manifestaba que la letra llegó tarde, y habia sido devuelta por el cónsul de Buenos-Aires. Conchita habia muerto el mismo dia en que recibieron

el dinero para que se trasladase á España.

Felicidad recibió esta noticia al parecer serena; pero á poco sus gritos y sus risas hicieron conocer que estaba loca. La llevaron al manicomio de Leganés, donde aun está, gritando siempre que alguno se acerca.

—¡Mi hija!... ¡mi hija!... ¡La Baronesa!... ¡la Baronesa!... ¡Maldita seas!...

Estas son las únicas palabras que pronunciaba la desventurada.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Pág.</u>
Dedicatoria á la Sra. Matilde Troncoso de Diz.	5
CAPÍTULO I.—Dos Cotorras.	7
— II.—Los jueves de doña Felicidad.	14
— III.—Concha.	23
— IV.—Aurora.	30
— V.—La carta de amor.	39
— VI.—Las dos amigas.	52
— VII.—Las cartas de Conchita.	64
— VIII.—Matrimonio por amor.	76
— IX.—Nuevas borrascas.	87
— X.—En la huerta del colegio.	96
— XI.—¡Laura se muere!	105
— XII.—El collar.	125
— XIII.—Catástrofe.. . . .	139
— XIV.—La fuga.	150
— XV.—Orgullo y miseria.	161
— XVI.—Cuatro años despues.	176
— XVII.—El crimen de la baronesa.	185
— XVIII.—La mendiga.	201
Epílogo.	213

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS

	<u>Págs.</u>
Concha.	41
Laura se muere.. . . .	112
D. Juan y D. ^a Aurora en Colmenar.	180
A la puerta de la iglesia.. . . .	208

